

Autocrítica

A los evangélicos nos gusta decir que no somos religiosos porque entendemos la religión como algo hueco, vano, y sin sentido. Una serie de ritos y ceremonias litúrgicas que se practican por convencimiento y no por conversión. Por conveniencia y no por fe. Para ser vistos de los hombres, y no por Dios. Por costumbre y no por necesidad.

Sin embargo, en la Iglesia Evangélica también hay religiosos. También existen ritos y prácticas litúrgicas que se realizan como costumbre. Y romperlas se considera, cuando menos, un atrevimiento, y aun, en algunos casos, un pecado.

Necesitamos usar una buena dosis de autocrítica que nos permita analizar nuestra fe y la práctica de la misma sin prejuicios anticipados, que nos juzguen y condenen. Por que al hacerlo estaremos perfeccionando nuestra fe y vida cristiana delante de Dios y de las personas que nos observan.

Soy consciente de que la autocrítica es una de las prácticas menos extendidas y que mas cuesta al ser humano. Porque atenta contra algo que muchas personas consideran “sagrado”, y nada está más lejos de la verdad que eso, porque Dios lo llama pecado. Me estoy refiriendo al orgullo.

Tendemos por naturaleza a considerarnos mejor y superior que los demás, y esto nos impide admitir con humildad que podemos estar equivocados en algo, y mucho menos, admitir cualquier corrección.

Para muchos, permítanme una redundancia, su orgullo es motivo de orgullo. Se sienten orgullosos de su orgullo y hacen alarde del mismo. Pero esto que es una practica común entre quienes no conocen al Señor, ni viven en el Evangelio, va contra la naturaleza espiritual del nuevo hombre creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad.

La autocrítica, bien ejercida, es sin duda muy beneficiosa porque nos ayuda a madurar y mejorar nuestra calidad de vida cristiana.

Lógicamente hay que hacer hincapié en que estamos hablando de Autocrítica y no de la crítica.

La palabra “auto” aquí significa que la critica va dirigida hacia nosotros mismos. La otra, la crítica de los demás o hacia los demás, no cuesta ningún esfuerzo, sale del corazón corrompido del viejo hombre con tanta facilidad que hemos de hacer verdaderos esfuerzos espirituales para que no salga de nosotros. Pero esa crítica es también pecado.

La critica que nos conviene no es la dirigida hacia los demás, sino la dirigida hacia nosotros mismos. La autocrítica.

¿Como soy en tal o cual área? ¿Como actúo en esta o aquella circunstancia? ¿Lo hago correcta o incorrectamente? ¿Puedo estar equivocado en lo que pienso, o en aquello que hago? ¿Esta bien o lo puedo mejorar? ¿Que haría Jesús en mi lugar? ¿Que querría el Señor que yo decidiera, o hubiera decidido?

Sin duda que una buena dosis de esta medicina nos ahorraría muchos dolores de cabeza y otros males. Y nos haría menos espiritualistas, aunque mas espirituales. Mas humanos, aunque también un poco mas santos.

Pr. Nicolás García